

LOS FUNDAMENTOS DE LA ALEGRÍA EN EL MONACATO CRISTIANO²

“Respirar siempre a Cristo, no desesperar jamás de la misericordia de Dios, temblar con todo el corazón por el prójimo”.

Desde sus orígenes el monacato cristiano se presentó como un seguimiento de Cristo, una respuesta a su vocación, a su llamada, a seguirlo con total desprendimiento. Se trataba de vivir a fondo la fe, la caridad y la esperanza cristianas, “tomando por guía el Evangelio”³.

La lectura de algunos de los textos *fundamentales*, por así llamarlos, de los primeros siglos del fenómeno monástico, nos muestra cómo los monjes cristianos organizaron su existencia en torno a las virtudes teologales. Y sobre ellas, camino seguro para el encuentro con el Señor Jesús, fundamentaron sus obras y sus palabras.

En apretada síntesis y deteniéndome en unos pocos escritos del siglo IV, trataré de mostrar cómo, para nuestros padres en la vida monástica, la alegría cristiana se funda en la vivencia de la fe, la caridad y la esperanza.

“Respiren siempre a Cristo”

En su lecho de muerte, acompañado por sólo dos de sus discípulos⁴, san Antonio hace su testamento espiritual, diciéndoles:

¹ Abad emérito de la Abadía Santa María de Los Toldos, Argentina.

² Ponencia presentada en la Semana Argentina de la Teología 2014, cuyas actas serán publicadas en SOCIEDAD ARGENTINA DE TEOLOGÍA, *La caridad y la alegría: paradigmas del evangelio. XXXIV Semana de Teología*, Buenos Aires, Agape Libros, 2015 (en prensa).

³ *Per ducatum Evangelii* (Regla de san Benito [= RB], Prólogo, 21; *Sources chrétiennes* [= SCh] 181, Paris 1972, p. 418).

⁴ Paladio de Helenópolis (+ hacia 431), *Historia Lausiaca*, 21,1 (PG 34,1073A), nos dice que sus nombres eran Macario y Amatas.

“Yo ciertamente, como está escrito, me voy por el camino de los Padres (cf. *Jos* 23,14; *I R* 2,2), porque veo que el Señor me llama. Pero ustedes velen y no se dejen robar su larga ascesis, sino que, como si comenzaran ahora, tengan cuidado de conservar su ardor. Conocen las trampas de los demonios, saben qué feroces son, pero qué débil (es) su fuerza. Por tanto, no les teman, sino más bien respiren siempre a Cristo⁵ y crean en Él. Y vivan como si debieran morir cada día (cf. *I Co* 15,31), estén atentos a ustedes mismos (cf. *Dt* 4,9) y acuérdense de las exhortaciones que oyeron de mí”⁶.

San Antonio amonesta a sus discípulos para que no teman a los demonios y crean en el Señor Jesús, y en medio de estas dos recomendaciones hallamos esa hermosa sentencia: *Respirar siempre a Cristo*⁷.

Se trata ante todo de una llamada a la confianza, a vivir en la firmeza y la certeza de que Jesucristo nos salva. Pero cabe preguntarse qué entiende más exactamente Antonio por “respirar a Cristo”. Y para ello también tratar de determinar si esa expresión es del mismo *abba* Antonio, o de su biógrafo.

De hecho, la encontramos ya, aunque en una forma distinta, en Clemente de Alejandría:

“... Pensar y ser sobrio con moderación, buscar sólo a Dios, respirar a Dios y ser conciudadano de Dios...”⁸.

Y después más exactamente en Orígenes:

“Los amigos de Dios respiran continuamente a Cristo, teniéndolo ante sus ojos”⁹.

San Atanasio la utiliza asimismo en una carta a los obispos africa-

⁵ *Tòn Christòn aèi anapnéete.*

⁶ Atanasio de Alejandría (+ 373), *Vida de san Antonio* (= VA), 93,2-3; SCh 400, Paris 1994, pp. 368-369.

⁷ En la versión latina de Evagrio de Antioquía, casi coetánea al texto griego de la VA, el mismo pasaje es traducido por: *Iesum suspirate.*

⁸ *¿Qué rico se salva*, 26,6; *Fuentes Patristicas*, n. 24, Madrid, Ed. Ciudad Nueva, 2010, p. 278.

⁹ *Comentario a las Lamentaciones* (4,20), Fr. 116; *Die griechischen christlichen Schriftsteller der ersten drei Jahrhunderte*, 6, Leipzig 1901, p. 276.

nos del 338, para subrayar cómo los padres de Nicea “*exhalan [spirano] las Escrituras*”¹⁰.

«Por tanto, Clemente, Orígenes, Atanasio, se colocan en una tradición que presenta sucesivamente a Dios, a Cristo, a las Escrituras, como objeto, si se puede decir así, de “mística inspiración”... »¹¹.

Sin embargo, aunque la expresión, en la forma en que aparece en la *Vita Antonii*, proceda de la tradición alejandrina, no puede excluirse que responda igualmente a un aspecto importante de la vida y enseñanzas de san Antonio.

Así nos lo confirma, a mi entender, el siguiente texto de la VA, que también hallamos reproducido en los apotegmas atribuidos al santo *abba*:

“Como los peces mueren cuando pasan (mucho) tiempo sobre la tierra seca, igualmente los monjes al entretenerse con ustedes (los seculares) y demorarse con ustedes se relajan. Por tanto, es necesario que, como el pez hacia el mar, también nosotros nos apresuremos hacia la montaña, para no olvidar, al pasar el tiempo, las cosas interiores”¹².

En la VA “respirar siempre a Cristo” es vivir permanentemente “de su aire”. El monje no puede subsistir si no está continuamente *respirando Cristo*: su palabra –principalmente el Evangelio–, el ejemplo de su vida –imitando sobre todo su lucha con el Maligno–, no olvidándolo en ningún momento –la *memoria Christi* o *memoria Dei*–.

Baste aquí con recordar dos momentos de la VA que ilustran esta afirmación: ante todo el de su conversión, al escuchar justamente al Señor que lo invita a dejar todo para seguirlo, y esto por dos veces¹³; y luego aquel otro en que exhausto por sus combates contra el demonio, Antonio se siente tentado de dudar de la presencia de Cristo en su vida:

¹⁰ 4; PG 26,1036A.

¹¹ Carlo NARDI, «Respirare Dio, respirare Cristo»: patristica ed hesicasmu fra oriente ed occidentale», en *Rivista di ascetica e mistica* 17 (1992), nº 3-4, p. 304.

¹² VA 85,3-4; Sch 400, p. 354. El texto de la serie alfabética de los *Apotegmas* dice: “Como los peces mueren si permanecen mucho tiempo fuera del agua, de la misma manera los monjes que se demoran fuera de la celda o se entretienen con seculares, se relaja la intensidad de su tranquilidad interior (*hesyquia*). Es necesario que, como los peces del mar, nos apresuremos nosotros a ir a nuestra celda, para evitar que, por demorarnos en el exterior, olvidemos la custodia interior” (*Antonio*, 10; PG 65,77BC).

¹³ VA 2,3 y 3,1; Sch 400, pp. 132. 134.

«¿Dónde estabas? ¿Por qué no te manifestaste desde el comienzo para poner fin a mis dolores?”. Y una voz llegó hasta él: “Antonio, yo estaba ahí, pero esperaba, para ver tu combate. Porque te has mantenido y no has sido vencido, seré siempre tu defensor y te haré renombrado por todas partes”»¹⁴.

Respirar siempre a Cristo es, por tanto, escuchar su palabra y confiar, creer, en Él. Éste es el fundamento de la vida cristiana, sentido de modo muy fuerte en el monacato cristiano, ya desde sus inicios, como no podía ser de otra manera.

“No desesperar jamás de la misericordia de Dios”

Encontramos esta afirmación casi al final del capítulo cuarto de la RB¹⁵, dedicado a los instrumentos que el monje debe utilizar, en el taller del monasterio, para la formación del hombre – monje “espiritual”.

Es un texto totalmente centrado en Dios y su amor, que se manifiesta como el fundamento sobre el que se asienta nuestra *esperanza*.

Pero en este pasaje podemos hallar, a mi parecer, un eco de la certeza que debería acompañar toda la vida del creyente, y que resuena en la tradición patristica que precede a la RB.

Es sobre todo san Gregorio de Nisa (+ hacia 394-400) quien me ha ayudado a comprender en profundidad la afirmación de la RB, mostrándome que toda la existencia cristiana debe ser un continuo progreso, basado en el amor de Dios, en su gracia:

“La perfección, en todas las cosas que son de orden sensible, se comprende dentro de determinados límites, como la cantidad continua o discontinua. Porque toda medida cuantitativa supone ciertos límites definidos... Pero si se trata de la virtud, hemos aprendido del Apóstol que su perfección tiene un solo límite: no tener límite. Este gran hombre, en efecto, de espíritu elevado, este divino apóstol, corriendo por el camino de la virtud, no cesa jamás de *extenderse hacia lo de adelante* (Flp 3,13). Dejar de correr le parecía peligroso. ¿Por qué? Porque todo bien, por su propia naturaleza, no tiene límite, sino que sólo es limi-

¹⁴ VA 10,2-3; SCh 400, p. 164.

¹⁵ RB 4,74: *Et de Dei misericordia nunquam desperare*; SCh 181, p. 462.

tado por el encuentro de su contrario: así, la vida por la muerte, la luz por la oscuridad; y en general todo bien cesa al encontrar su opuesto. Del mismo modo, por tanto, que el fin de la vida es el comienzo de la muerte, así dejar de correr en el camino de la virtud, es empezar a correr en el del vicio”¹⁶.

Y en el *De instituto christiano* afirma:

“Es necesario no aflojar nunca la tensión del esfuerzo, ni desistir de los combates que tenemos por delante, ni volver los ojos a las cosas ya realizadas en el pasado, sino olvidarse de ellas y, conforme dice el Apóstol, *lanzarse hacia lo que está delante (Flp 3, 13)*¹⁷; poner nuestro corazón en la atención que requiere ese esfuerzo, teniendo un insaciable deseo de justicia. De ella deben tener hambre y sed quienes intentan llegar a la perfección, haciéndose modestos y humildes como personas que, de algún modo, se hallan lejos de las cosas que se han propuesto y están muy alejados del perfecto amor de Cristo.

Quien desea este amor y levanta los ojos hacia la promesa, no se detiene orgulloso por las conquistas conseguidas al ayunar, velar, o esforzarse en cualquier otro extremo de la virtud, sino que, por el contrario, lleno de un fuerte deseo de Dios y mirando intensamente hacia Quien le llama, estimará poco e indigno de premio todos los esfuerzos por acercarse. Lucha hasta el final de su vida —esfuerzo tras esfuerzo, virtud tras virtud—, hasta convertirse por sus obras en alguien que honra a Dios, pero sin estimar jamás que se ha hecho a sí mismo digno de Dios”¹⁸.

El único límite que tiene el crecimiento espiritual es justamente el no tener límite. Siempre hay una posibilidad que se abre a quien busca sinceramente dejarse conducir y salvar por el Señor. Su gracia no tiene límite. Por ello no se debe *desesperar* jamás.

¹⁶ *Vida de Moisés*, 5; Sch 1^{er}, Paris 1968, p. 48.

¹⁷ Aparece de nuevo el tema de la *epéktasis* (lit.: extensión, alargamiento), el ilimitado camino que lleva a Dios, idea tan querida para el Niseno. Esas palabras de san Pablo constituyen el texto clave en que se apoya. Como escribe en la *Homilia VI in Ecclesiasten*: “Quien ha encontrado, continúa siempre en busca”, puesto que “para esta búsqueda es siempre tiempo oportuno: el tiempo oportuno es no dejar nunca de buscarlo” (PG 44,697D).

¹⁸ Ns. 54-55; ed. W. JAEGER, *Gregorii Nyssenni opera*, vol. VIII,1. *Opera ascetica*, Leiden 1952, pp. 65-66.

La certeza de la misericordia de Dios se traduce en la alegría de que nada nos puede apartar de su amor, y que siempre hay espacio para más... *El cristianismo es un camino de crecimiento y su dinamismo no puede ser frenado por la tristeza*¹⁹.

“Temblar con todo el corazón por la pérdida del prójimo”²⁰

En el año 345, Pacomio²¹ fue llamado a comparecer ante un sínodo local²². El relato que del hecho nos ha conservado la *Primera Vida Griega* es uno de los más coloridos de esta obra:

«Cuando la fama (de Pacomio) se extendió hasta muy lejos, hablaban sobre él, algunos mesuradamente y otros exageradamente. Y en cierta ocasión se dudaba de su, así llamada, clarividencia; entonces, fue convocado a la iglesia de Latópolis, en presencia de monjes y obispos, para responder sobre esto. Vino con algunos hermanos ancianos y, mirando a los que lo querellaban²³, guardó silencio. Cuando fue invitado a defenderse por los obispos Filón y Mouei²⁴, él les dijo: “¿No eran ustedes en un tiempo monjes conmigo en el monasterio, antes de ser obispos? ¿No me han visto amar a Dios, por su gracia, como ustedes mismos, y cuidar de los hermanos? Cuando Moisés de Magdólón²⁵, como se le llamaba, fue poseído y los demonios lo arrebataron para matarlo en las cavernas, ¿no saben cómo, por mi intermedio,

¹⁹ <http://www.sanpablo.com.ar/lit/index.php?seccion=liturgia>.

²⁰ Cf. “Temblar con todo el corazón por la pérdida del prójimo”. El itinerario espiritual de san Pacomio según “La Primera Vida Griega”, en *Cuadernos Monásticos* n. 180 (2012), pp. 21 ss.

²¹ El nombre *Pacomio* parece que era frecuente en Egipto, y significaba “halcón del rey”. Cf. V. DESPREZ, *El cenobitismo pacomiano*, en *Cuadernos Monásticos* ns. 116 (1996), pp. 9-41 (con amplia bibliografía); 119 (1996), pp. 450-473; 121 (1997), pp. 129-149 (trad. del francés). En 345, Pacomio debía tener 52 años.

²² Tal vez, en los meses de septiembre u octubre.

²³ Lit.: “a los que amaban las querellas” (*philoneikountas*).

²⁴ Filón fue promovido a la sede de Tebas en el año 339. En tanto que Mouei posiblemente era obispo de Latópolis en el momento de la celebración del Sínodo; cf. A. VEILLEUX, *Pachomian Koinonia*, vol. 3, Kalamazoo, Michigan, 1982, p. 418 (Cistercian Studies, 47); en adelante: Veilleux.

²⁵ Seguimos a Veilleux, que considera que el nombre “Magdólón” se refiere a una ciudad. Pero también podría traducirse como sigue: «el así llamado “torre de vigilancia”» (cf. J. FESTUGIÈRE, *Les Moines d'Orient*, t. IV/2: *La première Vie grecque de saint Pachôme. Introduction critique et traduction*, Paris 1965, p. 219; Veilleux, p. 418).

la gracia de Dios lo socorrió? Para no decir nada del resto”. Ellos le respondieron: “Creemos que eres un hombre de Dios, y sabemos que has visto a los demonios, haciéndoles la guerra para que se alejen de las almas. Pero como el don de clarividencia es algo grande, defiéndete de nuevo sobre esto, y persuadiremos a los que murmuran”.

Entonces él les dijo: “¿No me han escuchado decir muchas veces que fui un niño nacido de padres paganos, que no sabía quién era Dios? ¿Quién, entonces, me dio la gracia de convertirme en cristiano? ¿No ha sido el mismo Dios que ama a los hombres? Después, como había pocos monjes, apenas se encontraban grupos separados de dos, cinco o, a lo sumo, diez, y con gran dificultad se gobernaban mutuamente en el temor de Dios. Ahora nosotros somos esta gran multitud, nueve monasterios, en los que nos apresuramos día y noche, por la misericordia divina, a conservar nuestras almas sin reproche. También ustedes confiesan que saben discernir lo concerniente a los espíritus impuros; por otra parte, el Señor nos ha concedido reconocer, cuando Él lo quiere, quién de los monjes anda correctamente y quién es monje sólo en apariencia. Pero dejemos allí el carisma de Dios. Los sabios y prudentes del mundo, si pasan algunos días en medio de los hombres, ¿no saben discernir y reconocer la disposición de cada uno? Y Aquél que ha derramado su sangre por nosotros (*Hb* 9,12), Sabiduría del Padre (*1 Co* 1,24), si ve a alguien temblando con todo su corazón por la pérdida de su prójimo, sobre todo de un gran número, ¿no le concederá el medio para salvarlo irreprochable, sea por el discernimiento del Espíritu Santo, sea por una visión, cuando el Señor lo quiera? No crean, en efecto, que yo veo las realidades de nuestra salvación cuando quiero, sino sólo cuando Aquél que gobierna todo me muestra su confianza. El hombre, por sí mismo, es como vanidad (*Sal* 143 [144],4); pero cuando verdaderamente se ha sometido a Dios, ya no es más vanidad sino un templo de Dios (*2 Co* 6,16), como lo dice Dios mismo: “*Habitaré en ellos*” (*Jn* 14,23). No dice “en todos” sino sólo en los santos: en ustedes y en todos, y también en Pacomio si hace la voluntad de Dios.

Al oír estas palabras, estaban admirados de la sinceridad²⁶ y humildad del hombre. Cuando terminó de hablar, un hombre poseído por el enemigo llegó con una espada para degollarlo. Pero el Señor lo salvó por medio de los hermanos que lo acompañaban, mientras el tumulto reinaba en la iglesia. En tanto que algunos hablaban de una manera y

²⁶ *Parresian.*

otros de otra, los hermanos se salvaron del peligro y fueron al último monasterio, aquél llamado Pachnoúm (o: Pachnoym) en el distrito de la ciudad de Latópolis»²⁷.

La acusación que se le hace a Pacomio es la de: “clarividencia” (*dioratikón*). Ahora bien, ser *dioratikós* es un don, un carisma, “algo grande”, como le dicen los obispos presentes.

En su defensa Pacomio, poco menos de un año antes de su muerte (9 de mayo de 346), nos revela los hitos esenciales de su vida: su conversión (“de padres paganos, que no sabía quién era Dios... la gracia de convertirme en cristiano”), su amor a Dios y a los hombres (“cuidar a los hermanos”), la fundación de monasterios, nueve en total (la *Koinonía* pacomiana), donde los monjes se “apresuran día y noche, por la misericordia divina, a conservar sus almas sin reproche”, y *lo más importante: el don que le ha hecho Cristo, quien si “ve a alguien temblando con todo su corazón por la pérdida de su prójimo, sobre todo de un gran número, ¿no le concederá el medio para salvarlo irreprochable, sea por el discernimiento del Espíritu Santo, sea por una visión, cuando el Señor lo quiera?”*.

Este relato nos transmite: una experiencia de Dios en el amor a los hermanos y hermanas. Porque tal fue justamente el primer encuentro con Cristo que tuvo Pacomio: se le manifestó compasivo y bondadoso en sus seguidores. Y él sintió a partir de ese momento que Dios realmente se ocupa de los seres humanos. Abrazó entonces el seguimiento de Cristo, y después de su bautismo quiso imitar ese ejemplo que había recibido. Comenzó él mismo sirviendo como había sido servido.

Durante su experiencia monástica el Señor le concedió descubrir cuál debía ser su misión, en total y asombrosa continuidad con su vivencia anterior. San Antonio abad reconocerá, según la *Primera Vida Griega*, que Pacomio cumplió con gran entereza lo que el Señor le pidió:

“... Al comienzo, cuando me hice monje, no había ningún cenobio para educar a las otras almas; cada uno de los antiguos monjes, después de las persecuciones²⁸, practicaba solo su ascesis. Entonces el padre

²⁷ *Primera Vida Griega de san Pacomio* (= G¹), § 112; ed. F. HALKIN, *Sancti Pachomii Vitae Graecae*, Bruxelles 1932, pp. 72-73 (Subsidia hagiographica, 19). Cf. asimismo: F. HALKIN, *Le corpus athénien de Saint Pachôme. Avec une traduction française par André-Jean Festugière*, O.P., Genève 1982 (Cahiers d’orientalisme, II).

²⁸ En torno al año 271.

de ustedes, por (inspiración) del Señor, hizo esta hermosa realidad²⁹. Había otro con anterioridad, llamado Aotas³⁰, que quiso cumplir ese servicio, pero como no lo realizó de todo corazón, no lo logró³¹.

Pacomio tuvo plena conciencia, en el correr de los años, de la obra que estaba llevando adelante, y de su importancia. Sus discípulos le atribuyen la siguiente reflexión:

“En nuestra generación en Egipto veo tres cosas principales que prosperan por la acción de Dios para provecho de todos los que tienen entendimiento: el obispo Atanasio, el atleta de Cristo que luchó por la fe hasta la muerte; el santo abad Antonio, ejemplo perfecto de la vida anacorética; y esta *Koinonía*, que es un modelo para todos aquellos que quieren reunir las almas según Dios, para ayudarlas hasta que lleguen a ser perfectas”³².

Desde su conversión hasta su defensa en el sínodo de Latópolis, Pacomio no sólo ha interiorizado la conciencia de su misión, sino que la ha profundizando llegando a la certeza de fe sobre la que se apoya la *Koinonía* por él fundada: «El hombre, por sí mismo, es como vanidad (*Sal* 143 [144],4); pero cuando verdaderamente se ha sometido a Dios, ya no es más vanidad sino un templo de Dios (*2 Co* 6,16), como lo dice Dios mismo: “*Habitaré en ellos*” (*Jn* 14,23)»³³.

La verdadera alegría

Para concluir y sintetizar el camino de la alegría que nos propone el monacato cristiano de los orígenes nada mejor que el siguiente relato:

«Decían sobre un cierto anciano de Escete que estaba a punto de morir, y que los hermanos rodeaban su lecho y mirando su hábito³⁴ lloraban. Pero él abrió los ojos y rió; y rió por tres veces. Y los hermanos le

²⁹ *Tò agathón*.

³⁰ Esta es la única noticia que tenemos de este personaje.

³¹ G¹ § 120; *ed. cit.*, p. 77.

³² G¹ § 136; *ed. cit.*, p. 86.

³³ Cf. G¹ § 112; *ed. cit.*, p. 73.

³⁴ *Schemátisan*.

preguntaron: “*Abba*, dínos ¿por qué nosotros lloramos y tú ríes?”. Él les dijo: “Reí la primera vez porque todos ustedes temen la muerte; la segunda vez, me reí porque ustedes no están preparados; y la tercera, reí porque salgo del trabajo hacia el descanso”. E inmediatamente entregó el alma»³⁵.

Éste anciano anónimo nos enseña que la alegría de quien sigue a Cristo se apoya en la fe, en la confianza en Él, que no defrauda (*pero ustedes tienen miedo...*); en la esperanza cierta de que la muerte física es el comienzo de la vida plena (*pero ustedes no están preparados*); y en el profundo convencimiento de que la fatigosa tarea de amar sin medida al prójimo, será recompensada con un amor pleno y sin esfuerzo, la caridad perfecta³⁶ (*pero ustedes no comprenden que salgo hacia el descanso*).

Aprender a vivir en la alegría de Cristo es aprender a ser verdaderamente cristianos.

Abadía Santa María
C. C. 8. B6015WAA Los Toldos
ARGENTINA

³⁵ *Apotegma anónimo, colección sistemática griega*, XI,115; SCh 474, Paris 2003, p. 198.

³⁶ Cf. *1 Co* 13,8 ss.